



HAL
open science

El Chagres: La columna vertebral de una tierra de flujos

Jean Foyer

► **To cite this version:**

| Jean Foyer. El Chagres: La columna vertebral de una tierra de flujos. Jenene, 2023. halshs-04215090

HAL Id: halshs-04215090

<https://shs.hal.science/halshs-04215090>

Submitted on 22 Sep 2023

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

El río Chagres: la columna vertebral de una tierra en flujo

Flujos acuáticos de las lluvias tropicales y del río, flujos comerciales y financieros, flujos de animales migrantes entre América del Sur y América del Norte, flujos humanos de una población que se ha ido acumulando en las diferentes olas migratorias... Panamá es un país fluido y el río Chagres, su eje central y tortuoso.

Antes del ferrocarril y del canal que hoy conecta los dos océanos, el Chagres, «descubierto» por Cristóbal Colón en 1502, ya era un eje estratégico en la época del pueblo Cueva. Toma su nombre del cacique Chagre, quien controló la región antes del exterminio de los cueva, entre los siglos XVI y XVII. Posteriormente, la Colonia española la convirtió en uno de los principales puntos de tránsito de las riquezas del subcontinente americano. Los metales preciosos del Virreinato del Perú llegaban a la costa del Pacífico en Panamá, luego tomaban el Camino Real para conectar Panamá con Nombre de Dios (y luego Portobelo), cruzando el río Chagres al nivel del actual lago Alajuela. Un siglo después, la ruta fue desviada por el famoso Camino de Cruces, donde embarcaban las mercancías en el Chagres hasta su desembocadura en la costa caribeña, a nivel del fuerte San Lorenzo.

La excavación del canal por parte de los norteamericanos a inicios del siglo XX modificó el paisaje central de Panamá y, sobre todo, el curso del Chagres. La creación del lago Gatún, luego de la construcción de la presa del mismo nombre, y del lago Alajuela a partir de la década de 1930 con el establecimiento de la represa Madden, son, por lo tanto, resultados de la huella humana, cuasi demiúrgica, en el Chagres. Si el río, al nivel de Emberá Druá, puede parecer a primera vista un lugar de naturaleza virgen, el Alto Chagres es la principal fuente de abastecimiento de agua para el lago Gatún y por donde transitan los portacontenedores y otros transatlánticos que cruzan el canal. Como tal, se ha integrado por completo a una de las principales infraestructuras del capitalismo globalizado. Si las violentas crecidas pueden elevar de forma repentina el nivel del río al pie de la comunidad, este nivel es cuidadosamente medido por la Autoridad del Canal de Panamá (ACP), unos cientos de metros acuáticos arriba de Druá, en la estación de medición de Río Chico, la última infraestructura humana visible en esta parte alta del río. Cabe recordar que antes de que la familia Caisamo eligiera el nombre de Emberá Druá para la comunidad, el lugar tenía como única referencia el número 2.60, que marca su elevación sobre el nivel del mar: símbolo de la relación métrica e instrumental de los militares estadounidenses con la Zona del Canal. El nivel del Chagres y su capacidad para alimentar el canal no es solo de interés para Panamá, sino también para el comercio mundial. Esta visión ingenieril, instrumental y comercial del río y sus aguas cohabita, pues, con la de los emberá, que también es funcional, pero acoplada a una capa simbólica que les otorga cierta responsabilidad.

Vivir con el río y sus espíritus

Originarios del Chocó colombiano, región noroccidental separada del Amazonas por los Andes, los emberá tienen en común el hecho de que viven en un ambiente tropical a orillas de diversos ríos. Emberá es un pueblo fluvial que mantiene vínculos de reciprocidad con sus ríos: desde el famoso Atrato, que el Estado colombiano dotó de personalidad jurídica, hasta el Chagres, pasando por el Chucunaque y el Tuirá en el Darién. Es precisamente esta omnipresencia del Chagres en la vida de los emberá, esta convivencia, la que narra el conjunto fotográfico de Enea Lebrun.

El río cambia de color, de forma y de ritmo. Puede ser un estanque cristalino para los niños que pasan horas jugando allí o un torrente de lodo que arrastra enormes troncos de árboles cuando se desborda, como un monstruo bajando de la cabecera y llevándose a veces las canoas mal amarradas. El río tiene usos prácticos muy concretos. Es la principal vía de transporte, pero también el lugar donde se bañan y lavan la ropa. Allí pescan. Es decir, se alimentan. Y en sus profundidades más simbólicas, el río es un espacio ritual: el territorio de Antumia, el espíritu ambiguo de las aguas, a la vez temido y respetado.

Entre los emberá, todo comienza y termina con el mito. Lejos de ser solo una narración explicativa, el mito es una suerte de otro espacio-tiempo que trabaja constantemente sobre la realidad cotidiana. Los Jai, espíritus que habitan este espacio-tiempo mitológico para los emberá, aunque invisibles en su mayor parte, actúan en el trasfondo de nuestra realidad, tras bambalinas del mundo físico. Si ante las transformaciones provocadas por la modernidad, ese espacio-tiempo del mito ya no estructura tanto a las comunidades, muchas veces no tardan en encontrárselo a la vuelta de una frase, chiste, amenaza o situación. Las conversiones al cristianismo, la educación moderna y los teléfonos móviles sin duda han hecho retroceder a los Jai, pero todavía parecen dispuestos a venir y mezclarse con la vida de los seres humanos, la naturaleza y el río.

Mamerto Caisamo, jaibana (chamán o, literalmente, «el encuentro de los espíritus»), relata así el mito de la creación del agua:

Al principio, el agua escaseaba. Un día, Karagabí vio a un indígena con mucha agua. Lo siguió hasta la fuente del agua. Karagabí le pidió al indígena que la compartiera, pero él se negó y transformó la fuente de agua en un enorme árbol. El árbol de Jenené. Para castigarlo, Karagabí transformó al indígena en Jerenza, la hormiga. Karagabí tardó varias lunas en cortar el Jenené con la ayuda de los emberá y así liberar el agua. Cuando por fin cedió, el tronco y las raíces, cayendo al suelo, formaron a lo lejos los océanos y los mares. Las ramas, cayendo sobre las montañas, se convirtieron en ríos y arroyos, y sus flores, en lagunas y lagos. Después de eso, Karagabí encargó a los emberá que cuidaran los pantanos y ríos, y que se aseguraran de mantenerlos accesibles. Así fue como el agua se

distribuyó entre los hombres y se convirtió en un recurso para el bien de todos.

Si bien el mito de Jeneé ya se cuenta poco en Druá y en las comunidades del Alto Chagres, su mensaje central sigue resonando entre los emberá. Son personas del río y ante él tienen una responsabilidad, como le dicen los antropólogos, recalcando así tanto el sentido de obligación como la capacidad de respuesta que implican ciertas relaciones entre las personas y los elementos naturales. Lo que Enea Lebrun consigue plasmar en sus imágenes es justo esta omnipresencia del Chagres en la vida de los emberá. A la vez, nos ayuda a reconocer la especificidad y el interés de una forma de vida menos destructiva, donde la reciprocidad con el río y el bosque, y la existencia de una supernaturalidad poblada por entidades temidas y respetadas llevan a la búsqueda de equilibrios siempre negociados entre humanos y no humanos. Ese tipo de cosmología se trajo del Darién a la región del Chagres por personas como Emiliano Caisamo, uno de los primeros emberá en asentarse en la zona.

Emiliano Caisamo, fundador de Emberá Druá

Emiliano Caisamo, el fundador de la comunidad Emberá Druá, nace a principios del siglo XX. La primera parte de su vida transcurre en los alrededores de Manene, a orillas del río Balsa, en la región del Darién cercana a la frontera oriental con Colombia. Emiliano sabe pescar con arpón, navegar el río, tallar piraguas, caminar por la selva, casar con lanzas y, además, es un botánico que conoce las plantas medicinales. La vida en Darién es dura. En la década de 1960, además de las precarias condiciones económicas, la seguridad se convierte en un problema porque los bandoleros colombianos se aprovechan de la ausencia del Estado y de la policía panameña en esta aislada región.

A inicios de la década de 1970, Emiliano decide partir con su esposa, Segundina, y sus ocho hijos a Panamá. La adaptación a la vida en la ciudad no es fácil y la familia está a punto de regresar a Darién, cuando su amigo Tomé (cuyo nombre real es Antonio Zarco) lo invita a descubrir un lugar bastante cercano a la ciudad, donde él mismo vive con su familia. Un lugar que se parece al Darién por la presencia del río, la selva tropical y sus plantas, pero con un relieve mucho más accidentado, propio de la cuenca alta del Chagres. Emiliano comienza por limpiar parcelas con dos de sus hijos para cultivar maíz, arroz y plátanos. La primera cosecha resulta abundante, así que Emiliano decide instalarse con su familia en 1975. La familia Caisamo construye para Emiliano y cada uno de sus hijos diferentes casas de madera con techos de penca, la palma local. Así nace Emberá Druá («Lugar de los Emberá»). Para ganar dinero, Emiliano vende artesanías y canoas al personal de la administración del Canal.

En 1984, un decreto pone en peligro la presencia de la familia Caisamo en el Chagres; decreto que, por razones tanto ecológicas como económicas, funda el Parque Nacional Chagres. Luego de años de una sequía que amenaza el buen funcionamiento del canal, la idea es tratar de conservar la cobertura boscosa de la cuenca del Chagres para asegurar el abastecimiento de agua del lago Gatún. La separación del bosque del Chagres tiene como objetivo evitar la colonización de esta zona por parte de campesinos. Para la familia Caisamo esto significa que a

partir de ese momento tienen prohibido cultivar sus parcelas más allá de los límites estrictos de la comunidad. Obligados a reinventarse, poco a poco se convierten, a partir de 1987, en anfitriones de turistas, a quienes les presentan su cultura y el río Chagres. La acogida de turistas sigue siendo la principal actividad económica de los emberá del Chagres. A raíz del núcleo de la familia Caisamo, Emberá Druá ha crecido y otras comunidades emberá se han ido formando a lo largo del Alto Chagres.

Difícil predecir el futuro de estas comunidades. Los desafíos son muchos. ¿Cómo absorber el crecimiento demográfico en un espacio reducido sin que la única alternativa sea el exilio en alguna barriada marginal de la ciudad de Panamá? ¿Cómo garantizar una educación que no sea sinónimo de aculturación? ¿Cómo asegurar un mínimo de ingresos sin depender por completo del frágil modelo turístico? Para seguir proyectándose en este territorio excepcional, los emberá del Chagres, como sus primos indígenas en todo el continente, reclaman seguridad y soberanía; en este caso, sobre Éjuä So, un vasto territorio en la actual zona del Parque Nacional. En esta negociación, su carta principal es actuar como guardianes del río y del bosque que los protegen, en un contexto en el que se combinan los intereses geo-económicos del canal con la lucha cada vez más urgente contra el cambio climático.

Emiliano Caisamo falleció en agosto del 2018, con más de 90 años de edad. Hoy en día, la onda de su obra pionera sigue viajando a lo largo del Chagres.

Jean Foyer

Panamá, febrero de 2022